

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXIII



C. S. I. C.
1993
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1993

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños	13

Arte

Algunas noticias sobre la construcción de la desaparecida iglesia del Hospital de Montserrat en Madrid, por José Luis Barrio Moya	21
Dibujos del siglo XVIII para la Capilla de San Isidro de Madrid, por Virginia Tovar Martín	41
El Puente de Toledo: un hito brillante en la aportación del arquitecto Pedro de Ribera, por Matilde Verdú Ruiz	55
Datos para una historia económica de la Real Fábrica de Platería de don Antonio Martínez, por José Manuel Cruz Valdovinos	73
Aportación documental al Convento de las Maravillas de Madrid, por Leticia Verdú Berganza	123
Obras de restauración de la parroquia matriz de Santa María la Real de la Almudena de esta Corte y consecuentes traslados procesionales solemnes de su imagen, producidos por esta causa. Años 1777-1780, por M. ^a Rosario Bienes Gómez-Aragón	141
Cristos de Madrid, por Teresa Fernández Pereyra	157

Bibliografía

Ediciones, traducciones y un plagio, de las obras del madrileño Gonzalo de Céspedes y Meneses (¿1585?-1638) en bibliotecas norteamericanas, por Joseph L. Laurenti	191
--	-----

Geografía

Una guía especial de Madrid de comienzos de siglo, por Ramón Ezquerro Abadía	207
Un antiguo profesor, por Ramón Ezquerro Abadía	213
Apunte geográfico-económico de la actual provincia de Madrid en el 1752. X, por Fernando Jiménez de Gregorio	217
Manzanares: un río foso y balcón. Recorrido por su tramo urbano, en un repertorio cartográfico y colofón con meros planos madrileños, por José María Sanz García	239

Historia

Los códices que vio Ambrosio de Morales en el Castillo de Batre en 1572, por Gregorio de Andrés	267
La casa de los Monterrey en el Prado Viejo de San Jerónimo de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio	277
Una introducción a la obra de Fernando Cardoso, <i>utilidades del agua i de la nieve, del beber frio i caliente</i> (Madrid 1637), por Pilar Corella Suárez	289
La seguridad ciudadana en Madrid durante el siglo XVIII: la superintendencia general de policía y la comisión reservada, por Ana M. ^a Fernández Hidalgo	321
Madrileños en América en el s. XVIII, por José Valverde Madrid..	357
Repercusiones de la guerra de Sucesión en los Monasterios de Montserrat y San Martín de Madrid y sus libros de gradas (s. XVII-XIX), por Ernesto Zaragoza y Pascual	395
Introducción a la teoría de la capitalidad de Madrid, por Enrique de Aguinaga	419
Un cementerio decimonónico desaparecido: la Sacramental de San Sebastián, por Carlos Saguar Quer	437
El Teatro "Felipe", pequeña historia de un barracón famoso, por José del Corral	447
Corrida extraordinaria a beneficio de las familias de los naufragos del "Reina Regente" celebrada en Madrid en 1895, por Miguel Ángel López Rinconada	469
Salones y tertulias en el Madrid Isabelino, por José Cepeda Adán.	499

	<u>Págs.</u>
La toponimia madrileña. Proceso evolutivo, por Luis Miguel Aparisi Laporta	515
Noticias que ahora cumplen centenarios, por J. del C.	543

Literatura

Documentos de Cervantes y de otras personas con él relacionadas, por Antonio Matilla Tascón	553
Lope de Vega: versos desconocidos cantados por el pueblo en 1609, por J. Salvador y Conde	563
Madrid en <i>los bestiarios</i> de Henri de Montherlant, por Luis López Jiménez	577
Mariana de San José. Nueva efemérides para los Anales de Madrid, por M. ^a Isabel Barbeito Carneiro	585
<i>Centenario de un poeta</i> Jean Cocteau en Madrid, por Carlos Dorado	591
Acercamiento a Tomás Luceño, por José Montero Padilla	601
La invención del espacio en un cuento maravilloso galdosiano: El Madrid de <i>Celín</i> por M. ^a Ángeles Ezama	617

Música

La música en la Real Capilla de Madrid (siglo xvii), por Paulino Capdepón	631
---	-----

Urbanismo

Limitaciones municipales e intereses de reforma. El ejemplo de la Gran Vía Madrileña, 1901-1923, por José Carlos Rueda Laffond	651
--	-----

EL TEATRO «FELIPE» PEQUEÑA HISTORIA DE UN BARRACÓN FAMOSO

Por JOSÉ DEL CORRAL

Entre los mitos del período finisecular madrileño, esa época tan controvertida que se quiere ver, por algunos, como esencia y base de todo lo madrileño, con lamentable olvido de anteriores días más gloriosos, figura indudablemente por derecho propio el «Teatro Felipe». Unos vieron en él una pobre barraca de madera, otros precioso teatro, centro de la esencia zarzuelera madrileñista. Creemos que no ha sido exactamente situado hasta ahora y se le dan localizaciones diversas: dentro de los Jardines del Buen Retiro, junto a ellos... Nada vemos de sus continuaciones de existencia, aunque ciertamente éstas nada añadirían a sus viejas glorias.

Un madrileño que ejerce y demuestra su amor a Madrid, don Luis Armenteros, ha tenido al gentileza de hacernos llegar diversa documentación y representaciones gráficas del teatrillo y nos ha empujado a recordarlo, no como tantas veces se ha hecho en unas pocas líneas, sino en cierta evocación de su recuerdo, de sus días, sus éxitos y de los hombres que lo hicieron posible. Éste es el resultado que queremos enviar en lógica correspondencia, a nuestro amigo don Luis Armenteros.

Si comenzamos por el principio, por la primera constancia documental que nos queda del «Teatro Felipe», nos encontramos que su nacimiento nada tiene que ver con la figura que le dio nombre, le impulsó y le dirigió: Felipe Ducazcal. Este curioso hecho no ha sido por nadie recogido, que sepamos, más que por María del Carmen Simón Palmer¹.

Es el caso que en el expediente de solicitud de construcción de un Teatro, al que todavía no se le da nombre, la solicitud enviada al Ayuntamiento el día 9 de agosto de 1884² la firma don Antonio Rodríguez Arango, «vecino y arrendatario del Jardín del Buen Retiro». Felipe Ducazcal, seguramente socio

¹ María del Carmen Simón Palmer: «Construcciones y apertura de Teatros Madrileños en el siglo XIX, Revista *Segismundo* del CSIC, n.º 19-20. Tirada especial realizada por el Instituto de Estudios Madrileños en 1965.

² Archivo de Villa: Secretaría 7-246-6.

de Arango en la explotación de los Jardines, no aparece todavía aunque después diera su nombre al Teatro.

La familia Arango nos es bien conocida como actuantes en el negocio inmobiliario en distintos puntos de Madrid, el principal en la Castellana, donde fueron propietarios de la antigua Huerta de Loinaz que cambió su nombre a Huerta de la Chilena precisamente cuando pasó a manos de la esposa de Arango³. Vendieron una zona a todo lo largo de la posesión para el ensanche del Paseo de la Castellana y parcelaron, vendieron y edificaron en el resto de la gran posesión que se vio partida por varias calles.

También hemos encontrado su actuación en el barrio de Vallehermoso, donde sus construcciones, para venta posterior, han venido a romper alguna manzana de la uniforme cuadrícula, con calles diagonales, como es el caso de la Calvo Asensio.

No volvemos a encontrar a Arango en el resto de la documentación referente al Teatro Felipe.

La situación del teatro

Aunque con gran vaguedad se han propuesto varias ubicaciones para la construcción. De siempre su existencia estuvo unida a los Jardines del Buen Retiro y es considerada por cuantos se han referido a él, bien como una parte de los mismos Jardines, bien como un anejo inmediato, dando la idea que estaba a continuación, más allá de los límites de los mismos. Veremos la situación justa.

Es bien sabido que los llamados modernamente Jardines del Buen Retiro y en el siglo XVII jardines de la Ermita de San Juan o Huerta de San Juan, fueron parte del Buen Retiro en la que se levantaba una Ermita, la de San Juan, con un palacio unido a ella como las tantas otras del mismo Sitio Real y de las que nos hemos ocupado en otra ocasión en estos mismos «Anales»⁴.

Aunque todas las Ermitas del Retiro tenían acotado y vallado un trozo de jardines, los de ésta eran excepcionalmente grandes, ocupando todo el terreno del actual Palacio de Comunicaciones, el del Ministerio de Marina y las calles ahora existentes y llegando prácticamente hasta la actual Puerta de Alcalá. Seguramente este hecho estaba relacionado con ser el palacio situado junto a la Ermita, residencia del Alcalde del Buen Retiro y en consecuencia palacio destinado al factor del Sitio, el Conde-Duque de Olivares.

³ José del Corral: *El duque de Sesto*, Editorial Avapiés, Madrid, 1992.

⁴ José del Corral: «Las Ermitas del Buen Retiro», Tomo XXIII de *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid, 1986.

Se inició en 1633 y se acabó al año siguiente⁵. Fue su constructor Juan de Aguilar⁶ y a Ceroni se le encargaron los retablos⁷. Hoy desaparecida, y ya desaparecida cuando el teatro se proyectaba, era una construcción de planta cuadrada con edificios que cierran un patio central. La ermita se remata con un chapitel y los edificios que la acompañan parecen de dos plantas según los dibujos del Plano de Texeira. Al inaugurarse el Real sitio quedó como palacio del Conde-Duque y parece que allí depositó su magnífica biblioteca y residió en algunas ocasiones temporalmente. En este lugar recibieron el Rey y el de Olivares a la Princesa Margarita a su entrada en Madrid y en este palacete tuvo el magnate al alquimista italiano Vincenzo Massin, en uno de sus locos sueños de fabricar oro para atender a las necesidades de la monarquía. En su recinto pues ardieron los hornos de la cocina que pretendía guisar la piedra filosofal.

Continuó en el siglo XVIII siendo residencia de los Alcaldes y como tal lo sabemos habitado por el conde de Altamira⁸. Continuó en el siglo XIX su vocación palaciega y fue residencia del Infante don Sebastián y también de la numerosa familia del Infante don Francisco de Paula. En los últimos años del siglo es el último trozo que al oeste de la actual calle de Alfonso XII —entonces de Granada— se salvó de momento de la furia arboricida y fue «Jardines del Buen Retiro» hasta que, en 1905, la necesidad de dar solar el nuevo Palacio de Comunicaciones, acabó con su existencia centenaria.

Existía ya en los Jardines un teatro dedicado a la Ópera y conciertos que presentaba representaciones veraniegas con figuras que no solían ser de primera fila en lo operístico, y directores de orquesta de mayor renombre, pero le faltaba un teatro popular que en los meses de verano, que eran los de la temporada del lugar, ofreciera comedias, sainetes y zarzuelas, que eran entonces tan buscadas por el público.

De ahí nace el Teatro Felipe, no como se ha dicho en competencia con el otro teatro del mismo empresario, sino como un complemento de las veraniegas diversiones ofrecidas por el lugar.

Como se explica en la solicitud de construcción, resultaba difícil realizar el edificio dentro del recinto de los Jardines, ante la imposibilidad de talar los árboles, precaución que bien debiera haberse mantenido. Por lo cual se pide su construcción, no en ningún solar de las inmediaciones, sino en la vía pública, en el propio Paseo del Prado, inmediato a la puerta de acceso a los Jardines,

⁵ Brown y Elliot: «Un palacio para el Rey», Revista de Occidente y Alianza Editorial, Madrid, 1981.

⁶ Antonio Bonet Correa: *Las iglesias madrileñas del siglo XVII*, CSIC, Madrid, 1984.

⁷ María Luisa Caturla: «Pinturas, frondas y fuentes del Buen Retiro», Revista de Occidente, Madrid, 1947.

⁸ Antonio Pons: *Viaje de España*, el tomo correspondiente a Madrid es de 1776.

en el esquinazo de Cibeles. La situación del Teatro queda claramente definida en la documentación. La autorización, de septiembre del mismo año 1884⁹ especifica que se ha de levantar en el Paseo a *siete metros* de la verja del Buen Retiro, retrasado, en cuanto a Cibeles, de la Puerta de los Jardines.

Estudiando los planos anteriores y posteriores a la existencia de estos lugares nos encontramos que el actual Palacio de Comunicaciones se alzó siguiendo precisamente el lugar y alineación de la verja de los viejos Jardines. Por tanto el Teatro Felipe que debía quedar entre los árboles, como manda el permiso, y sin tocar a éstos, creemos que justamente se levantó en el lugar que ocupa actualmente un kiosko de refrescos en el Salón del Prado, aunque seguramente más retrasado aún que éste se encuentra, ya que ante la entrada se dejó una explanada donde se puso un café, según nos informa nada menos que Felipe Pérez y González que lo conoció bien y de quien hemos de hablar en este artículo¹⁰.

Pueden verificarse nuestros cálculos en los planos de Madrid: Parcelario de Ibero y Fernández de Ibero de 1874; de Cañada, de 1900; de Núñez Granes de 1910; de la obra «Información sobre la Ciudad» de 1929 y en el Parcelario de 1940. Especialmente claro en este último y en el 1929 así como en el Ibáñez de Ibero, en el que todavía se dibuja el plano de lo que fueron los Jardines del Buen Retiro.

Viendo los planos presentados para su aprobación, vemos que lo componía un larguísimo rectángulo estrecho, ya que el patio de bancos, que no butacas, constaba de 36 filas a las que hay que añadir entrada, escenario y servicios.

Si bien la fachada se proyectaba muy adornada, los laterales resultan en el dibujo muy sencillos, lo que no daría ninguna belleza a lugar tan concurrido como el Salón del Prado.

La única variación que el Ayuntamiento introduce sobre los planos, que no tienen ninguna firma de autor, es la de prohibir la construcción de dos pisos, sino sólo de uno y recomendar mayor adorno, que no sabemos cuál pudo ser si es que lo fue, a las paredes laterales, así como pedir asistencia de arquitecto para la construcción. La reducción se verificó con pocas variaciones sobre el proyecto original, suprimiendo el piso que no había sido aceptado. Las dos fachadas, tanto la proyectada como la resultante, las ofrecemos al lector conjuntamente a estas líneas. La fotografía de la realidad que fue el Teatro Felipe, tampoco parece hablar de grandes lujos ni suntuosidades.

⁹ Archivo de Villa: Secretaría 7-246-6.

¹⁰ Felipe Pérez y González: «Las alas de la Gran Vía», *Blanco y Negro*. Usamos un recorte que nos ha facilitado el Sr. Armenteros y que no tiene anotación de fecha. Creemos que corresponde al año 1916 en el que el autor mantuvo una activa colaboración en este semanario.

Felipe Ducazcal y las Heras

Creemos conveniente recordar la figura tan madrileña e inquieta del empresario que dio su propio nombre al local, la personalidad voluble y activa de Felipe Ducazcal.

Nacido en la calle de la Palma número 3, el 9 de julio de 1845, bautizado en la Parroquia de San Ildefonso, hijo de impresor, José María, que tenía taller en la plaza de Isabel II esquina a la calle de los Caños del Peral, inició su primera actividad en la imprenta de su padre y allí, como aprendiz, «marcando»¹¹ los pliegos del primer número de «La Correspondencia de España», cuando ésta pasó de su etapa autógrafa a la impresa, le encontramos como primera actividad. Es fama que don Manuel de Santa Ana, todavía no marqués del mismo título, le gratificó por su servicio con una peseta de plata de las de entonces, que no era mala propina.

Buscando otros horizontes, pasa de mancebo a la botica de don Quintín Chiarlione, cercana al taller paterno, a la vez que comienza el bachillerato. Así asiste, aunque sólo como oyente cicunstancial, a la tertulia existente en aquella farmacia a la que acudían Olozaga, Madoz, Calvo Asensio y otros políticos progresistas como éstos y como el dueño del local. No es de extrañar que se iniciara en la política como miembro activo del Partido Progresista, aunque su final sería alfonsino, captado por el duque de Sesto para la Restauración, y canovista.

También de la botica le vino su afición teatral, que allí uno de los concurrentes le hizo de la claque del Teatro Real, con lo que entraría el mozo en los medios de los que no habría de salir en toda su vida.

Organizó y dirigió la célebre Partida de la Porra, agrupación violenta de partidistas del progresismo que fue una de las obsesiones de los madrileños de entonces y de la que Galdós hace buen retrato en los Episodios Nacionales de la época. La diferencia entre Prim, jefe del partido progresista, y Paul y Angulo, disidente radical de este partido, le lleva a enfrentarse con el terrible gaditano en el terreno del honor; pero no por querella personal, sino como representante del desafiado general, a la sazón jefe del Gobierno después de la Gloriosa. De este encuentro le quedó a Ducazcal una bala en el cráneo, que nunca pudieron extraerle y que vino seguramente a ser, mucho después, causa de su muerte.

Partidario de don Amadeo es él y su partida la que apalean hasta hacerlo

¹¹ Dícese «marcar» en el lenguaje tipográfico, desgraciadamente en vías de desaparición, a ir colocando pliego a pliego en unos «tacones» móviles de la máquina de impresión, para que el papel quede colocado proporcionalmente sobre el molde. Es tarea de aprendiz, mientras el «maquista» vigila el desarrollo de la impresión y las incidencias frecuentes que pudieran producir los tipos móviles, aun cuando la «forma» hubiera sido correctamente «impuesta» en la «platina».

morir al periodista Azcárraga en la calle de Hortaleza y el que destroza el Teatro «Calderón de la Barca», teatrillo de escasa importancia que estaba en la calle de la Madera Baja y donde se representaba «Macarroni I», una farsa bufa contra el monarca.

Fue él también el que se encargó de acabar con la «Manifestación de las Mantillas» en la Castellana, como tuvimos ocasión de aclarar con textos del propio Ducazcal en otra ocasión¹².

En cuanto su paso al Alfonsismo borbónico le hemos recogido en la biografía recientemente publicada del duque de Sesto¹³ así como la repugnancia que ofreció al hecho la duquesa Sofía. Capitán fue del batallón mandado por el duque.

También ejerció el periodismo, escribiendo algunos artículos, pero sobre todo como empresario periodístico, tanto en el «Heraldo de Madrid», donde tuvo como director a José Gutiérrez Abascal, «Kasabal», como en otros órganos de opinión política y teatral.

De Ducazcal fue la organización de la manifestación de protesta contra Alemania por la ocupación de las Islas Carolinas, que el 4 de septiembre de 1885 asaltó la Embajada de aquel país y quemó bandera y escudo. Sería curioso haber tenido ocasión de saber cuántos de los manifestantes sabía siquiera dónde estaban las Islas Carolinas.

Igualmente Ducazcal organizó el apoteósico recibimiento que Madrid hizo a Isaac Peral el 15 de julio de 1890, por cierto que con ningún resultado positivo para el inventor. Y tantos otros movimientos públicos de más escasa entidad que resulta imposible recoger dentro de los obligados límites de este trabajo.

Felipe Ducazcal murió en Madrid, donde había nacido, a los cuarenta y seis años, en la calle de Alcalá número 77, donde residía. Su muerte fue súbita. Bastó un golpe de tos en la noche para que, seguramente un movimiento de la bala de Paul y Angulo, pusiera inmediato fin a su vida. Su entierro fue concurridísimo, de este «todo Madrid» que se dice, ya que era hombre popular y bien conocido en los más diversos ambientes. Larga comitiva le acompañó al cementerio de la Cofradía Sacramental de Santa María donde está enterrado.

A los pocos días se le hizo una velada necrológica con versos de Echegaray y de Manuel del Palacio, entre otros, especialmente escritos para la ocasión, en el Centro de Instrucción del Obrero, que dirigía entonces don Alberto Aguilera.

Había ocupado los cargos de Jefe de Orden Público y de Inspector General de Correos.

¹² José del Corral: «Pequeñeces, ¿novela madrileña con clave?», en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXV, Madrid, 1988.

¹³ José del Corral: *El duque de Sesto*, obra citada.

La vida del Teatro Felipe

Inaugurado el sábado 28 de mayo de 1885, no el 23 como erróneamente se ha escrito, las obras que en esta jornada inaugural se vieron sobre su escenario fueron «Salir del paso», propósito para la ocasión, que no fue del aplauso del público, seguido de la zarzuela de Vital Aza y Ramos con música de Chapí «La calandria», que tuvo buen éxito, y finalizando el espectáculo con la obra «A primera sangre», sátira costumbrista de Motoses, todo ello presentado por la compañía teatral de Pepe Vallés y Juan José Luján.

Allí se estrenaron «El chaleco blanco», de Ramos Carrión con música de Chueca; «Las tentaciones de San Antonio» y «La baraja francesa»; «El año pasado por agua», que todavía se escucha en los escenarios actuales, de Ricardo de la Vega con música de Chueca y «El oro de la reacción», sainete que interpretó una jovencísima Loreto Prado, todavía no en unión de Enrique Chicote.

Entre las numerosas reposiciones anotaremos las más salientes: «Los valientes», sainete de Javier de Burgos; «El monaguillo», de Sánchez Pastor y Márquez y «Los lobos marinos» de Chapí, Ramos Carrión y Vital Aza.

Pero indudablemente el gran éxito de la vida teatral del Teatro Felipe fue «La Gran Vía».

Estreno de «La Gran Vía»

Se estrenó la zarzuela de «La Gran Vía» en el Teatro Felipe el día 2 de julio de 1886, que naturalmente era sábado. El autor de la letra, Felipe Pérez y González, la música del maestro Chueca en colaboración, como de costumbre, con Valverde. En el escenario Manini Julio Ruiz, los Mesejo y Joaquina Pino, por recordar las figuras más conocidas que intervinieron en la representación. La obra se titulaba «revista madrileña, Cómico-lírico-fantástico-callejera» y estaba compuesto de un acto dividido en cinco cuadros, escrita en prosa y verso, «original de aplaudísimos autores» según la costumbre de anuncios en los carteles de la época.

Según el propio autor del libro, en artículo mencionado publicado en «Blanco y Negro» muchos años después, desde los primeros compases de la «introducción» ya el público descubrió que la música era de Chueca por lo fresca, alegre retozona y pegadiza y ya al terminar el coro del primer cuadro de «las calles y plazas de Madrid» todos estaban seguros de que quien había trazado aquellas melodías no podía ser otro que el conocido compositor. El vals del Caballero de Gracia que cantó Joaquín Manini fue muy bien recibido; la canción de «la Menegilda» ganó la primera ovación del público a Lucía Pastor; el «Sexteto de los Ratas», con sus tres rateros y sus tres guardias, fue

repetido cuatro veces entre tremendos aplausos al oírle cantado por los Mesejo y Julio Ruiz; el coro de «los marineritos» y el chotis del «Eliseo madrileño» fue otro éxito inmediato, cantado por Lucía Pastor con gracia picaresca. El éxito estaba ya anunciado aunque quizá los autores no podían todavía calcular toda la profundidad y amplitud del mismo.

Y sin embargo... Lo cierto era que el libreto se había escrito en tres noches y la idea había llegado al autor al oír en la Puerta del Sol pregonar el folleto con el proyecto de apertura de la Gran Vía, pero no de la Gran Vía que conocemos, sino del proyecto anterior del arquitecto Carlos de Velasco que nunca llegó a ser realidad¹⁴. En cuanto a la música había sido compuesta con algunos números que ya se habían oído en otras zarzuelas que no habían alcanzado éxito, otros habían sido concebidos para piano y aun otros, como «el coro de Señoras» pertenecía a otra obra que había quedado inédita por causas especiales y de ahí pasó a «La Gran Vía» convertido en aria pues, como todos los números, había sido arreglado y transformado al preparar la revista. Toda esta premura por que se quería estrenar la zarzuela en fecha fija por los apremios de programación.

El verano fue corto para tanto éxito y la obra tuvo que pasar en el otoño al Teatro Apolo, del que también era empresario Ducazcal, donde el 10 de febrero de 1887 alcanzaba las 400 representaciones, número enteramente desusado en el Madrid de entonces. El día 12 de febrero se ponía en el Teatro Eslava y el 28 de marzo en el Teatro Cervantes de Sevilla. En abril se comenzó a representar en el Teatro de la Zarzuela. A su primer aniversario llevaba ya 565 representaciones y volvía a su primer lugar de triunfo, el Teatro Felipe. Todavía fue desde el Felipe al Novedades y llegó a alcanzar sólo en Madrid más de 700 representaciones. Después pasó fronteras y cruzó mares. El 25 de marzo de 1896 se estrenaba, traducido al francés, en el Teatro Olimpia de París. Se tradujo y se representó en la mayoría de los escenarios del mundo y hasta al «quechua», idioma precolombino, tuvo traducción, para no hablar de los idiomas europeos.

Un éxito basado indudablemente en una casualidad. El primer pensamiento de Felipe Pérez fue pedir la música para su obra al maestro Ángel Rubio, compositor que ya había realizado la música de varias zarzuelas, aunque hoy su nombre no nos sea tan conocido como los de los que al final compusieron su música. Pero encontró en la calle a Federico Chueca, a la sazón bien conocido por sus anteriores obras. Casualmente le dijo que tenía acabado un libreto, quiso Chueca verlo y pese a las dificultades de tiempo que el empresario imponía, se comprometió a realizar la música. Así, al azar de un encuentro callejero, nació una obra que todavía sigue representándose con éxito seguro.

¹⁴ José del Corral: *Historia y estampas de la Gran Vía*, Ayuntamiento de Madrid e Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1985.

Los otros dos estrenos que siguieron en importancia a éste, sobre el escenario del Teatro Felipe, fueron casi seguidos: el de «El chaleco blanco», anteriormente aludido, que con libro de Ramos Carrión y música también de Chueca y Valverde se estrenó, el 26 de junio de 1890, por la compañía de Irene Alba, con excelente decoración de Amalio Fernández, que ella sola logró los primeros aplausos y el de «La baraja francesa», estrenado el 12 de julio del mismo año, con libro de Sinesio Delgado y música del maestro Valverde.

Felipe Pérez y González

Justo es al hablar del Teatro Felipe recordar al autor del gran éxito de este teatro, Felipe Pérez y González, que por excepción en esta baraja de madrileños, era sevillano, aunque bien «madrileñizado» por utilizar el acertado término de Subira. En Sevilla había nacido en el año 1854 y colaboró en el «Blanco y Negro», «La Correspondencia de España» y «El Liberal» bien con su propio nombre o con el seudónimo de «Tello Pérez».

Entre los libros que publicó: «El libro malo», de 1872; «Tajos y reveses», de 1880; «El nuevo sistema tétrico», de 1881; «Un año en sonetos» publicado en 1908 recogiendo los sonetos de temas de actualidad que durante el año anterior día a día venido publicando en «El Liberal» y su obra póstuma «Un cuadro de... historia», excelente alegato sobre el españolismo de Goya en el que se incluye su conocido trabajo contando la historia del cuadro de la «Alegoría de la Villa de Madrid» que da pie al título.

Más abundante es su producción teatral: «La Villa del Oso»; «Doña Inés del alma mía»; «Lo pasado, pasado»; «El fruto prohibido»; «Tío, yo no he sido»; «París de Francia»; «Pelillos a la mar»; «Los vecinos del segundo»; «Bonito soy yo»; «Las oscuras golondrinas»; «El barbián de Persia»; «Champagne, manzanilla y peleón»; «Los cortos de genio»; «El conde de Cabra»; «Recurso de casación»; «La de vámonos», parodia de la obra «La de San Quintín» de Galdós; «Pasar de la raya»; «Las ligas verdes»; «El marquesito». También publicó una edición comentada de «El diablo Cojuelo» de Luis Vélez de Guevara.

El libro de «La Gran Vía» se lo dedicó el autor a Ducazcal con una sobria frase: «A Felipe, empresario del Felipe, Felipe».

En 1910 murió de un cáncer que, según Salvador Viniegra en el prólogo del libro póstumo mencionado, comenzó por una pequeña llaguita en la boca. Un día fue un parchecillo negro en el labio superior, después un vendaje negro. Después ya no se le volvió a ver, se comunicaba con amigos y editores por escrito, la enfermedad y los dolores le hicieron suspender sus trabajos. Después el fin. No llegó a conocer el libro en el que había puesto todas sus ilusiones y que fue seguramente lo último que escribió. Lo publicó en un gesto

gentil el Círculo de Bellas Artes y hoy es obra muy buscada y difícilmente asequible.

En las cercanías del teatro

Carecemos desgraciadamente de espacio suficiente para recordar aquí algunos de los sucesos y acontecimientos que tuvieron lugar en Madrid durante los años en los que el Teatro Felipe se alzó en las inmediaciones de Cibeles. Para establecer unos datos que sirvan para relacionar el famoso barracón teatral con el desarrollo de la Historia madrileña, recordaremos brevemente al menos algunos de los momentos y circunstancias que vivió la Villa, especialmente los relacionados por cercanía con nuestro Teatro.

Justamente el primer día del año 1886, se comenzó la construcción del edificio de la Bolsa en la inmediata plaza de Neptuno. La inauguración, que se haría mucho más tarde, el 7 de mayo de 1893, consiguió una construcción que nos es bien conocida y que fue realizada con proyecto del arquitecto y tratadista de arquitectura Enrique Repullés y Vargas. La había presentado este al concurso público establecido con el lema «Comercium Pacet Firmat», junto con otros seis proyectos presentados por distintos autores. Del total fueron deshechados cinco proyectos, quedando éste en segundo lugar. El primer puesto lo ocupaba otro trabajo distinto, que habían presentado Enrique Repullés Segarra y José de Aspiazú. La Real Academia de Bellas Artes resolvió dando preferencia al de Repullés y Vargas.

Un terrible vendaval causó grandes destrozos en Madrid el 12 de mayo de 1886, ocasionando muertes de personas y, sólo en el Retiro, la pérdida de más de 100 árboles que el viento arrancó. Hasta 24 muertos y más de cuatrocientos heridos ocasionó la catástrofe que afectó a toda la Villa y fue seguido de una fuerte lluvia que permaneció durante toda la noche siguiente. Lo más cruento del fenómeno ocurrió a las seis de la tarde y tuvo duración de ocho minutos. El hundimiento de un lavadero público en el Paseo Imperial ocasionó 18 víctimas mortales. La Reina, pese a su avanzado estado de embarazo —muy poco después dio a luz al rey Alfonso XIII— visitó los lugares más castigados y a las víctimas.

Una Exposición de Flores dio comienzo en el Retiro el 30 de mayo siguiente, de las primeras organizadas en Madrid.

Entre madrileños regocijados pasó la Reina el 28 de junio del mismo año conduciendo al recién nacido Alfonso XIII a la Virgen de Atocha. Fue su primera salida después del parto y la realizó en un coche en el que a la madre e hijo acompañaba la nodriza del nuevo Rey.

Precisamente junto al Teatro Felipe se desarrollaron las más importantes escenas del fracasado pronunciamiento realizado por el general Villacampa y

el sublevado Regimiento de Caballería de Albuera, procedente del Cuartel de San Gil. Fue Alcalá-Paseo del Prado donde se mantuvo resistencia a las tropas leales que acabaron con el levantamiento y capturaron después al general don Manuel Villacampa del Castillo en el campo, en lugar próximo a Aldehuela. Unos grupos de paisanos, unidos a la sublevación que estaba inspirada por Ruiz Zorrilla, dieron muerte al Brigadier de Artillería don Clemente Valverde y al coronel de Artillería conde de Mirasol. Sentenciado Villacampa a muerte fueron numerosas las peticiones de indulto, que la Reina Madre concedió pese a la renuncia de Presidente del Consejo de Ministros, que era don Práxedes Mateo Sagasta, que prohibió después la representación de una obra teatral de circunstancias titulada «La piedad de una Reina».

La segunda parte de este drama político tuvo desenlace el 5 de enero del siguiente año de 1887. Fue en ese día cuando los sargentos del Regimiento sublevado, que estaban presos en prisiones militares, se escaparon de ella huyendo por parejas, en coches que les esperaban en la Plaza del Ángel, y llevándose las llaves de los calabozos en que habían permanecido y en las que habían encerrado a sus guardadores. Las llaves fueron entregadas en París por los huidos a Ruiz Zorrilla, por si faltaban pruebas del autor ideológico del pronunciamiento.

El 12 de octubre de 1886 se acabó el edificio que en la próxima calle de Alberto Bosch estaba destinado a Archivo de Protocolos. Había sido realizado por el arquitecto Joaquín de la Concha y sigue teniendo la misma finalidad.

En la confluencia de las calles Alcalá y O'Donnell se inauguraron, el 18 de octubre del mismo año, las Escuelas Aguirre, fundación testamentaria de don Lucas Aguirre juntamente con otras en Cuenca. Es un magnífico edificio neomudéjar madrileño realizado por el arquitecto don Emilio Rodríguez Ayuso en proyecto de 1884. Se inaugura sin la verja, trazada después por el mismo arquitecto, y sin los dos pabellones del jardín, igualmente obra posterior del autor. Don Lucas Aguirre, enriquecido en el negocio del transporte, era una figura destacada del progresismo, que asistió y habló en el célebre banquete progresista de los Campos Elíseos en los finales del reinado isabelino. Había sido uno de sus albaceas testamentarios don Manuel María José de Galdo, ex-Alcalde de Madrid.

Entre los Acuerdos que tomó el Ayuntamiento madrileño el 24 de noviembre de 1886 estuvo el de aprobar la construcción de 135 metros de valla de parque del Retiro. Es poco sabido que dicho cerramiento se hizo durante mucho tiempo, por tramos, como éste que ahora traemos aquí, por lo que se han producido dudas por los que han querido determinar cuándo se efectuó.

Otro Acuerdo Municipal, éste de 2 de marzo de 1887, nos da buena idea del crecimiento de Madrid por aquellos días, ya que se dio nombre a varias calles nuevas: Alonso Heredia, Altamirano, Álvarez y Baena, Calvo Asensio Cartagena...

Una de las primeras carreras de velocípedos que viera Madrid tuvo lugar en el Retiro el 20 de mayo del año últimamente mencionado. Los velocípedos eran aquellos antecedentes de la bicicleta, con una alta rueda delantera, sobre la que se acomodaba el sillín del conductor y otra trasera mucho más pequeña.

Y ya que hemos anotado una manifestación deportiva añadamos otra: los días 27 y 28 de mayo siguientes, como parte de las Fiestas de San Isidro, se corrieron regatas en el estanque del Retiro entre embarcaciones venidas de los puertos pesqueros del Norte.

Como Princesa de Asturias, la Infanta Isabel inauguró una Exposición de Plantas, Flores y Animales en el Retiro, precisamente en la Montaña Artificial, el día 4 de junio. Por aquellos lugares se abrió al público, el siguiente día 8, una réplica de la gruta de Atapuercas.

Sin embargo, en materia de Exposiciones, la de mayor importancia fue inaugurada por la Reina Regente el 30 de junio de 1887, también en el Retiro: la Exposición de Filipinas, que permaneció abierta hasta el otoño. Para ella hizo el arquitecto Ricardo Velázquez Bosco el Palacio de Cristal, todavía existente, y que tuvo su primer destino como invernadero destinado a mostrar la flora de las Islas Filipinas que, por poco tiempo, formaban todavía parte de la Corona española. El estanque existente ante el Palacio de Cristal y su surtidor de 4 metros de altura, fueron también obras realizadas para esta ocasión, y aun más, al otro lado del estanque, por donde aún quedan restos de una cueva de rocallas, también parte de lo presentado en la Exposición, se hizo un Pabellón Árabe por el mismo arquitecto. Todo esto se debió a la iniciativa del entonces Ministro de Ultramar, Víctor Balaguer. En el llamado Campo Grande, se levantaron pabellones para la residencia de los indígenas de distintas etnias filipinas que vinieron a la muestra y que formaban un total de 42 individuos. Estos pabellones fueron «la casa del tribunal»; «la casa del negrito» y «la casa de la riña de gallos». El Palacio de Cristal y el Pabellón Árabe quedaron unidos por un puente sobre el estanque, en él que los filipinos manejaban canoas en las que podían subir los visitantes. Chozas de nipa y madera y tiendas de campaña alojaban a los tagalos que en dicho Campo Grande presentaban bailes y labores de su artesanía. Como resultado de la muestra quedó un Museo de Ultramar, de corta existencia; a su desaparición, lo más valioso conservado, paso al Museo de América donde figura todavía.

Fue el 23 de julio de 1887 la Ley que ordenó el levantamiento de un monumento en recuerdo del llorado rey Alfonso XII, que se realizó por suscripción nacional, sobre por el proyecto elegido en Concurso, del arquitecto José Grases Riera; en este concurso quedó el presentado por Querol en segundo lugar con la consiguiente polémica. Para levantarlo posteriormente hubo de tirarse el antiguo embarcadero del Estanque grande y se puso la primera piedra el 18 de mayo de 1902.

El parque del Retiro, al que por su vecindad tanto venimos refiriéndonos,

sufrió importantes destrozos el 10 de agosto de 1887 que fueron resultado de unos alborotos públicos.

El día 1 de octubre del mismo año, una orden dictada por el Gobernador afectó al Teatro Felipe, ya que obligaba a todos los recintos de espectáculos públicos a iluminarse con luz eléctrica.

Coincidiendo con la festividad de San Isidro se inauguró, el año 1888, el cercano Café de Recoletos, más cercano aún en este su primer domicilio.

En el templo de San Jerónimo el Real dieron comienzo los actos del I Congreso Católico el 25 de abril de 1889.

Cercano al Teatro Felipe, en el Paseo de Recoletos, en la acera de enfrente, estaba el Teatro Príncipe Alfonso, donde el 7 de septiembre de 1889 se inauguró el sainete lírico de Ricardo de la Vega «A casarse tocan o la Misa a grande orquesta» al que había puesto música el maestro Chapi.

En una de las capillas de la Iglesia de los Jerónimos se celebró, el 5 de octubre de 1889, una boda de rumbo, la del conocido médico y escritor don Manuel Tolosa Latour con la bella y magnífica actriz Elisa Mendoza Tenorio, que por esta causa se retiró de la escena en pleno triunfo.

Por primera vez vio Madrid la celebración de la Fiesta del Trabajo un día 1 de mayo, el del año 1890. Organizaciones diversas hicieron su celebración separadamente. Por la mañana las federaciones anarquistas tuvieron un mitin en el Liceo Rius, en la cercana calle de Atocha. Por la tarde los socialistas hicieron el suyo, precisamente en los Jardines del Buen Retiro, acto que contó con escasa asistencia. Cerraron muchos comercios.

Anunciado el derribo de la Iglesia de San Antonio del Prado, en la Plaza de las Cortes, se produjo un conflicto. En ese templo se veneraban los restos de San Francisco de Borja y no existía a la sazón en Madrid ninguna iglesia jesuitica. El 2 de mayo de 1890 se resolvió, trasladándose temporalmente los restos a la Iglesia de Jesús Nazareno que, como la de San Antonio, eran ambas de Patronato de la Casa de Lerma.

«El Imparcial» del 15 de agosto de 1892, publicó un interesante artículo de Jacinto Octavio Picón referido a la vecindad del Teatro Felipe y que se titulaba «La plaza de Cibeles. Como estaba, como queda, como debería quedar».

Bien podemos decir que en olor de multitud, falleció el 20 de noviembre de 1890, don Ramón de Campoamor y Camposorio en la inmediata plaza de las Cortes, número 8 de entonces, piso segundo derecha.

Justamente en la acera de enfrente del Teatro se inauguró el 3 de marzo de 1891 el nuevo edificio del Banco de España, levantado en gran parte sobre lo que había sido solar del Palacio del marqués de Alcañices, realizado sobre proyecto de los arquitectos Eduardo Aldaro y Severiano Sainz de la Lastra. El haber tratado con mayor amplitud la ocasión, en nuestra biografía del duque de Sesto, nos evita dar más datos aquí.

Un extraño e insólito suceso ocurre en la calle de Alcalá el 10 de marzo de

1891: un desconocido corta el cable de conducción de fluido de la Compañía de Electricidad. Con una energía que muestra su irritabilidad, la compañía ofrece una recompensa al que entregue al culpable que se eleva a 5.000 ptas., verdadero capital en la época.

Unos días después, el 17 de marzo, la otra esquina de Cibeles se viste de gala. Es la fiesta de San Raimundo, en el que celebra sus días la marquesa de Linares y el Palacio se abre a una de las escasas fiestas que en él se celebraron. Toda la casa se adornó de blancas camelias y a la cena siguió el baile. El palacio era propiedad de los marqueses de Linares, el marqués, primero del título, fue don José Murga, financiero ennoblecido por el Rey Amadeo.

Una curiosa contrata firma el Ayuntamiento, el 21 de abril de este mismo año 1891, con don Félix Labrat: la de 18 retretes en el Retiro, Salón del Prado, plaza de Pontejos, plaza de Celenque, plaza de Santa Ana —entonces Príncipe Alfonso—, plaza del Rey, plaza de Oriente, plaza del Dos de Mayo, plaza de Antón Martín, plaza del Callao, plaza de Santo Domingo, paseo de Recoletos, plaza del Progreso —hoy Tirso de Molina—, Red de San Luis, Rastro, Puerta de Moros, plaza de Bilbao y Puerta de Atocha. Pagaría un canon de 5.000 ptas. anuales y revertirían las instalaciones a los 25 años en el Ayuntamiento. Quedaba obligado a cobrar una tarifa de 0,10 céntimos por los servicios de W.C. y 0,15 céntimos por los de lavabo.

El 1 de mayo de 1891 se celebró en el Retiro, con bastante asistencia. Unos días después, el 10 de mayo, inició su vida el semanario «Blanco y Negro», con su célebre primera portada dibujada por Ángel Díaz Huertas en la que figuraba un coche tirado por mariposas. En el interior colaboraciones de Salvador Rueda, José Velarde, Manuel y Eduardo del Palacio, Pérez Zúñiga, Pons y Muro. Se vendió al precio de 0,15 céntimos y llegó, en el mismo año, a tirar 20.000 ejemplares semanales. La subida a 20 céntimos ocasionó una huelga de los vendedores, que rompió el propio director y propietario don Torcuato Luca de Tena, vendiendo personalmente la revista. En 1899 inauguró el color en sus páginas.

El edificio de la Real Academia Española de la Lengua comenzó su iniciación el 7 de junio de 1891, sobre proyecto del arquitecto Miguel Aguado de la Sierra, que trazó un edificio ecléptico, pero con un moderno planteamiento de las superficies, que siguen una geométrica composición de alzados, precedida de un pórtico tetrastilo dórico.

Unos días después la inauguración de otro edificio en el barrio, éste desaparecido, el Frontón Jai-Alai en la calle Alfonso XII que, después de reabrirse, el 6 de febrero de 1894 con nuevas reformas, ha llegado a nuestros días.

El fin del Teatro Felipe

Como quedó anotado el 15 de octubre de 1891 falleció inesperadamente Felipe Ducazcal y Las Heras. No tardó mucho en producirse la reacción municipal y el 18 de noviembre se remitió a los Letrados Consistoriales el expediente del Teatro Felipe «no sólo para que lo tengan en cuenta al emitir su dictamen que se les tiene pedido, sino para que informen lo que proceda acerca de la continuación o terminación del permiso concedido para la instalación del referido Teatro».

Era el fin. Con el año 1891 acabaron los días del Teatro Felipe y el Paseo del Prado vio como se desmontaba la instalación del que había tenido breve pero enjundiosa vida teatral en su época¹⁵.

Parece que el Teatro estaba demasiado ligado a la figura que le había dado nombre para que pudiera sobrevivirle.

Los otros teatros Felipe

Menos sabido es que sin embargo el Teatro Felipe no murió del todo. Había de tener nuevas resurrecciones, se resistió a desaparecer. La primera pista nos la ofrece Martínez Olmedilla¹⁶ diciendo que una vez desmontado, se trasladó a una provincia, en cuya capital continuó prestando servicios durante muchos años.

Lo creemos, pero desde luego todavía no había llegado la hora de su traslado, aún quedaban etapas madrileñas y más de una. Muerto aparentemente en los finales de 1891, al año siguiente vuelve a resurgir reformado, esta vez bien lejos de su lugar primitivo. Fue en la Plaza de España, entonces llamada de San Marcial y situado junto a la actual Casa de la Asturiana de Minas que hoy ocupa la Comunidad de Madrid. Su aspecto había cambiado considerablemente, ahora disponía de mayor solar y aun cuando su fachada se conservaba, el interior había sido muy ampliado en ensanche por el arquitecto Vicente Lampérez. Este ensanchamiento le permitía un patio de butacas de forma de herradura, característica de los teatros de la época¹⁷ y además ganó aquel piso superior que, por órdenes municipales, no lograra ver construido en su primera ubicación. En este lugar abre su escenario en toda la temporada veraniega de 1893. Al acabar ésta vuelve obligadamente a desarmarse, pero todavía no acabó tampoco sus días.

En 1893 buscará nuevo emplazamiento, esta vez todavía más lejos que el

¹⁵ Archivo de Villa: Secretaría 7-246-6.

¹⁶ Augusto Martínez Olmedilla: *Los Teatros de Madrid*, Madrid, 1947.

¹⁷ Archivo de Villa: Secretaría 10-99-77.

anterior, en la calle de Álvarez de Mendizábal, esquina a la de Altamirano, en otro solar de los tantos que todavía quedan en el nuevo —entonces— barrio de Argüelles. Como puede pensarse el nuevo emplazamiento obliga a una nueva reforma, adaptando la construcción al solar disponible. Esta vez el encargado de ello es el arquitecto Pablo Aranda, que todavía remonta su techo y añade un espacio más capaz para los camerinos y servicios escénicos. En cambio los palcos proskenios que había tenido en la plaza de España desaparecen. No tiene variación la fachada, quizá por ofrecer la misma estampa a que estaba acostumbrado el público¹⁸.

Hay, sí, algo común en estas dos ocasiones en que las viejas tablas —nunca pudo decirse mejor— vuelven a cobijar la escena: el escaso éxito artístico. Ya no se juega el albur del estreno en el escenario del Felipe, sólo reposiciones jalonan su temporada veraniega en uno u otro lugar, fue un teatro más de Madrid, pese a su endeblez física, pero ahora no pasó de teatro de barrio, figura algo hoy olvidada pero que fue frecuente en otros tiempos.

Tampoco echará raíces en su tercer emplazamiento en el que, como el anterior, sólo puede realizar la temporada veraniega. Ahora es cuando finaliza la vida del Teatro Felipe. Al menos la vida madrileña.

Es ciertamente muy posible que Martínez Olmedilla tuviera razón, era hombre informado y especialmente en cuestiones teatrales y posiblemente, otra vez reducido a tablones, el Teatro Felipe viajara, quién sabe a qué lugar de España, para continuar ofreciendo su escenario, que antaño fue glorioso, al siempre nuevo juego del teatro, quizá volviese a tratar de reverdecer viejos laureles y los días de gloria del Paseo del Prado, cuando lo regía la hábil mano de Felipe Ducazcal.

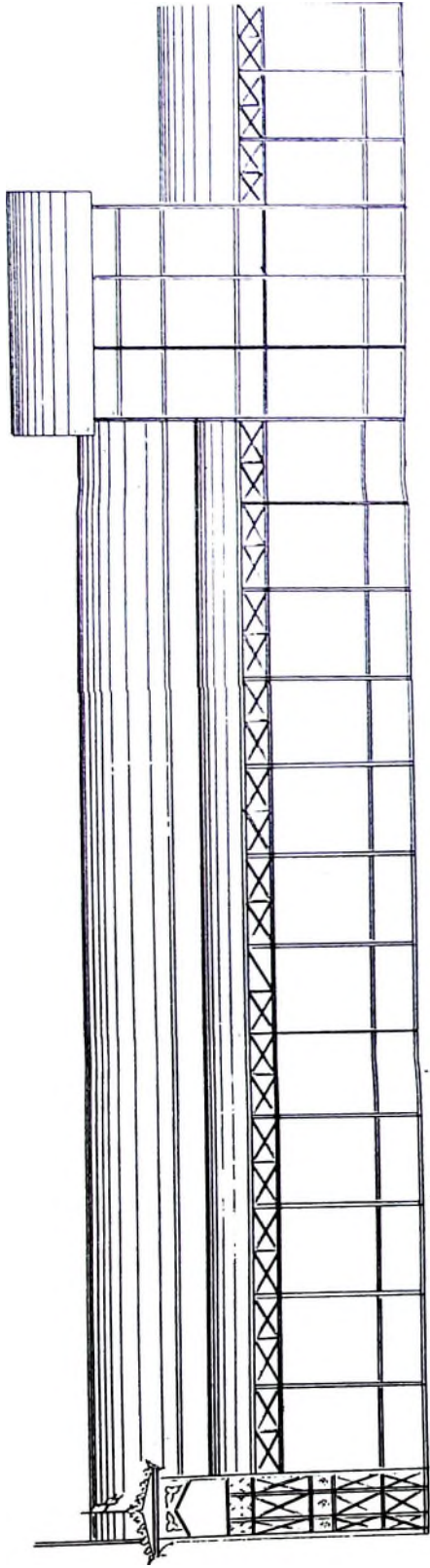
¹⁸ Archivo de Villa: Secretaría 11-437-30.



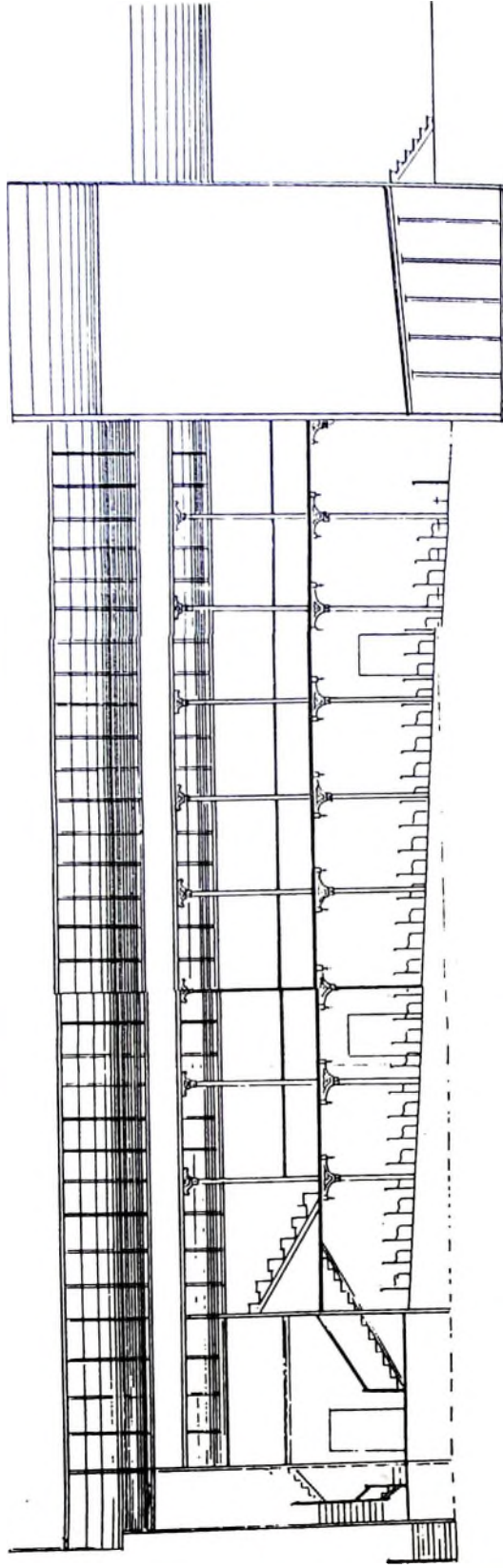
El teatro Felipe, según foto de hacia 1916.



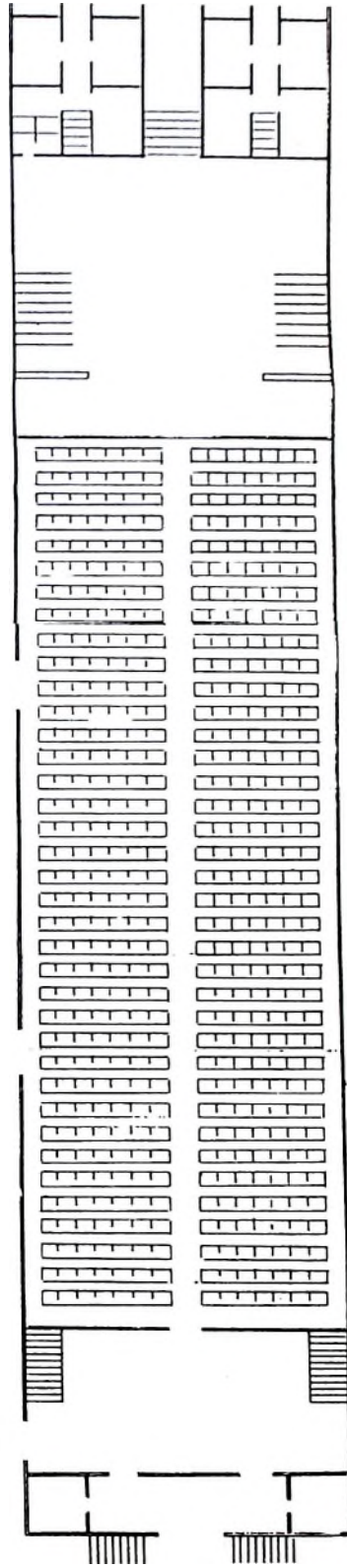
Felipe Ducazcal.



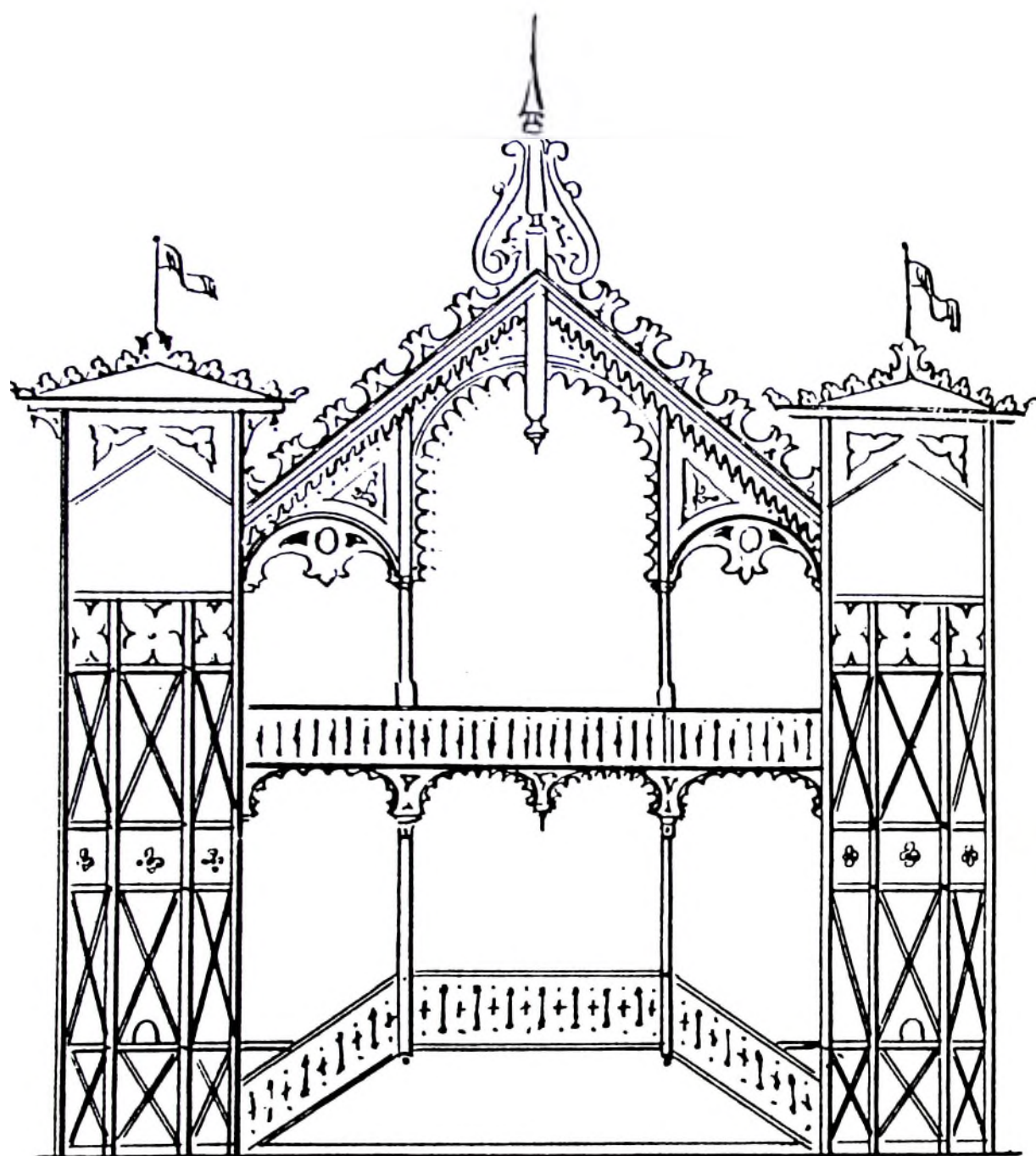
Fachada al Paseo del Prado del teatro Felipe.



Sección longitudinal del teatro.



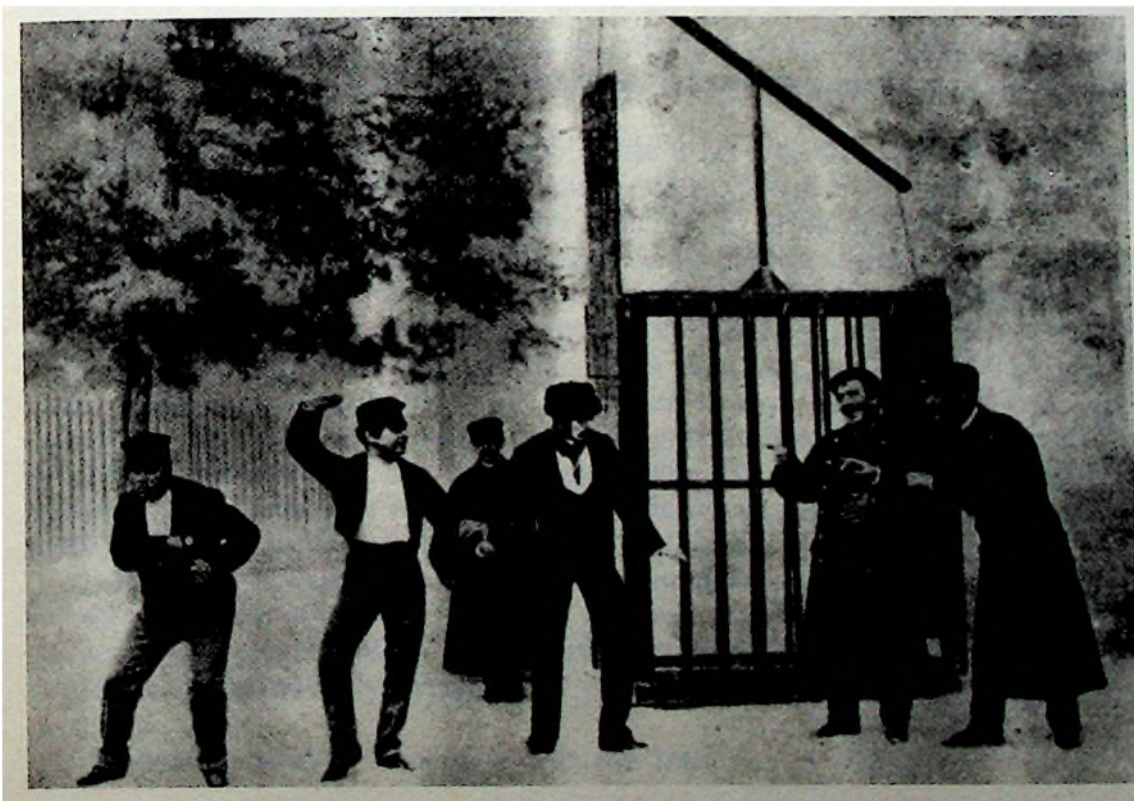
Piano del teatro Felipe.



La fachada principal del teatro según su primer proyecto.



Los autores de «La Gran Vía», Maestro Valverde, Felipe Pérez y Federico Chueca.



El conocido número de «Los tres ratas». (Foto París.)